

LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y LOS TIEMPOS MODERNOS

LA SOCIEDAD:

VI.

Nada mas voy á decir de la prostitución, que es una corriente caudalosa de la naturaleza que en su furioso impetu se desborda y destruye sus cauces.

En su lugar voy á narrar la siguiente historietta del poeta inglés Juan Lord Biron.

Este poeta hizo un viage por mar, naufragó, se salvó y fué hecho prisionero en unión de otros naufragos, todos los cuales fueron conducidos al mercado de Constantinopla para ser vendidos en calidad de esclavos.

Nuestro protagonista que contaba 24 años de edad, era rubio, blanco como la nieve, sin pelo en barba y sumamente hermoso. Iba elegantemente vestido, y como le dieron por compañero á un viejo lleno de harapos, esta pareja formaba un raro contraste.

La Sultana iba todos los días al mercado, vió á Juan y se enamoró de él. Dió orden á un criado suyo que comprase á él y á su compañero, que al joven lo vistiese de mujer en un kan, y despues llevase á ambos al palacio acompañando al joven al aposento de la Sultana.

El criado cumplió al pié de la letra la orden de la Sultana.

Esta al ver á Juan, le dijo:—¿Como te llamas?

—Juan;—contestó él.

—Pues bien; ahora te llamarás Juana ¿has comprendido? A mi me conviene que te llames así, y que nadie sepa que eres hombre. Te he comprado porque me he enamorado de tí; yo quiero que estés á mi disposición. . . . Entonces asomó el rubor á las mejillas de la Sultana.

—No puede ser;—contestó secamente Juan.

—¡Insolente! ¿Te atreves á contestar de ese modo á la Sultana?

—Sí; no puede ser lo que desea Su Magestad porque mi corazón pertenece á otra.

La Sultana se mordió los labios de cólera y se quitó una chinela para tirársela á la cara á Juan, cuando se oyeron voces en el palacio que anunciaban la llegada del Sultan.

—Vete inmediatamente á formar las filas para recibir al Sultan.

Nuestro Juan se confundió con la multitud.

A la caída de la tarde lo mandó llamar de nuevo y le reiteró sus deseos. Como Juan siguiese negándose le amenazó con quitarle la vida si no accedía.

Y como la vez anterior quedó interrumpida la sesión por la llegada del Sultan al palacio la sultana dió orden á su confidente de que condujese á Juana al departamento donde estaban las doncellas del ha-Sultan.

Estas doncellas eran proximamente 300 á cual mas hermosa; casi todas ellas rubias, de cara oval y ojos rasgados.

Nuestro Juan quedó encantado á la vista de tanta belleza.

La superiora le salió al momento y le dijo:—Bienvenida seas Juana. El caso es, que como no me han anunciado con anticipación vuestra venida no tengo preparada cama para vos, y tendreis que dormir con una de vuestras compañeras.

—Yo me acostaré con Juana, Superiora.—Que se acueste conmigo.—Conmigo.

—¡Silencio! Con ninguna de vosotras. Tecla; Juana se acostará contigo esta noche.

—Está bien;—contestó la interpelada que era una hermosísima rubia.

Se acostaron, y la compañera de Juan á poco quedó dormida.

Sobre las dos de la mañana, no sé que debió pasarle á la compañera de Juan, que despertó dando un chillido.

Entonces todas las doncellas del harem se levantaron asustadas y rodearon la cama de ambos.

Le preguntaron que le habia sucedido, y ella completamente ruborizada contestó que no era más que un vahído que le habia dado.

Juan tuvo que levantarse por no molestar á la su-puesta enferma y el resto de la mañana hasta la hora de levantarse se pasó prodigando á aquella los cuidados necesarios.

En aquella mañana el compañero de Juan compró un cuero de toro, se metieron ambos dentro y haciendo una abertura en su parte superior para respirar, se abandonaron á la corriente de un arroyo que pasaba por debajo del palacio y desembocaba en el mar á corta distancia.

Una embarcación europea á la que hicieron señas acudió algo despues en su auxilio la que los salvó y condujo á su patria.

JAVIER GARCIA.